

## ► Puerta Real

## Recuerda

EL nombre de José Martín Recuerda parece venir de una época sin posibilidad de ser fechada y recordada, tan extraña y distante resulta. Tiene una resonancia de superviviente, de embajador de un tiempo que la rutina lingüística suele denominar inmemorial porque ya no viven quienes pudieran evocarlos y los años han perdido su perfil, se han vuelto confusos, casi legendarios. Pero lo cierto es que su nombre procede de un tiempo muy próximo, todavía reconocible, con testigos que aún son jóvenes, un tiempo sin vacíos documentales, presente en periódicos nuevos y en imágenes en color de la televisión. Una actualidad que no evita sin embargo una sensación de anacronismo, de vestigio, de retrato de otro mundo. No sé muy bien el porqué de esa incoherencia, pero no es arriesgado conjeturar que tiene mucho que ver con las secuelas del franquismo, con la desmemoria colectiva y voluntaria que sobrevino, y también se fomentó, tras la instauración de la democracia en España, un nefasto olvido que Martín Recuerda viene reprobando en sus obras últimas. Tampoco es ajena a esa marginación la decadencia del teatro, y más aún la decadencia del escritor teatral, una figura cada vez más bien insólita, casi una pieza de museo.

Hace unos días, sentado justo detrás de él, asistí en el Teatro Alhambra a la representación de *La llanura*, una de las primeras obras teatrales que escribió José Martín Recuerda, y su presencia, más que la puesta en escena, me hizo regresar a algunas calles deshabitadas del pasado. En ellas (hablo del alba de los años setenta) camina un muchacho que va buscando por las librerías de Granada las obras de un autor del que oía hablar por primera vez, aunque no siempre elogiosamente, pues a muchos granadinos les resultaba incómodo y antipático, un hecho que ahora se ignora o se silencia o se disfraza. Las buscaba, no siempre con éxito, para leerlas porque su representación era más bien difícil (no había estreno de Martín Recuerda sin escándalo o tensión). De aquellos rastreos aún quedan huellas, todavía conservo obras suyas editadas por la benemérita editorial Escicer, donde tantos jóvenes apaciguamos nuestra ansia de conocimiento, y otras publicadas por la editorial Taurus, en la eminente colección *El mirlo blanco*.



JUAN MATA

Leer las obras de Martín Recuerda —como también las de Arrabal, Rodríguez Méndez o Lauro Olmo— fue una de mis primeras pruebas de audacia, un minúsculo y vago acto de rebeldía. Transcurrían los últimos años de la dictadura, pero las amenazas, la censura, las sanciones, los arrestos, incluso la cárcel, todavía estaban vigentes, de manera que el territorio que empezaba a explorar lindaba enseguida con lo prohibido, con lo sospechoso, con lo subversivo. En aquella atmósfera, deprimente y esperanzada a la vez, comencé a leer los textos de Martín

Recuerda como un desvelamiento, también como un estímulo. Me acuerdo de que en la estrechura de aquellos años, el teatro aparecía como un instrumento de agitación, un medio para derribar muros y cambiar la vida, algo que ahora puede parecer absurdo pero no entonces, cuando subirse a un escenario y denunciar, o simplemente insinuar, era motivo de escándalo y persecución.

Pero yo hablo de las postrimerías de aquel largo tiempo de silencio, y aunque no me libré de sus infecciones, el aire no era ya igual de irrespirable que veinte años atrás. Viendo la otra noche *La llanura*, escrita en 1947 y estrenada por el TEU de Granada en 1954, me daba cuenta del coraje que se necesitaba entonces para escribir sobre los desaparecidos de la Guerra Civil española, para hablar en nombre de los vencidos. Y ese atrevimiento, esa voluntad insumisa, es lo que más estimaba del hombre sentado delante de mí. Trataba de imaginarme su ánimo ante el homenaje que se le acababa de ofrecer y no descartaba que en el fondo lo considerase una secreta revancha, el tardío desquite del hijo raro del frutero de la plaza Bib-Rambla. Porque toda la obra dramática de Martín Recuerda, con sus hallazgos y sus desmesuras, es una defensa obsesiva y radical de los marginados, de los que han padecido algún tipo de acoso o menosprecio. Sus dramas, que son ya el testimonio diáfano de una época sombría, son también la expresión de su soledad y de sus humillaciones. Yo no sé si todos los espectadores que escuchamos sus palabras de despedida y agradecimiento aplaudíamos las mismas cosas, pero yo estaba reconociendo su valentía de entonces, su incansable confianza en la escritura, su contribución a la libertad de hoy.